

El Contenido de la Evangelización

Comentario a los nn. 25 - 39 de la "Evangelii Nuntiandi"

Rafael Ortega, C. M.

Profesor de Biblia en el Instituto Pastoral del CELAM

Convencidos de que "la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda" está en evangelizar (EN 14), merece la pena poner todo el esfuerzo por lograr el ideal para que fue constituida: "Ella está para evangelizar" (Ibidem).

Y bien sea con la "proclamación silenciosa" (n. 21) del compromiso cristiano, con "la civilización de la imagen " (n. 42), con "el valor permanente de la palabra" (n. 42) o con cualquiera de los múltiples instrumentos dialogales que el hombre moderno pueda inventar "planteando casi un desafío a nuestra capacidad de descubrir y adaptar" (n. 40)..., siempre se tratará de canalizar, exteriorizar y formular el contenido mismo de la evangelización, "el depósito de la fe".

Pablo VI es categórico al afirmar: "A nosotros, Pastores de la Iglesia, incumbe especialmente el deber de *descubrir con audacia y prudencia*, conservando la fidelidad al contenido, las formas más adecuadas y eficaces de comunicar el mensaje evangélico a los hombres de nuestro tiempo" (n. 40).

Pero la formulación y el contenido van tan unidos como la piel y la carne. Por ello mismo son casi inseparables. Cada uno de los elementos —la formulación y el contenido— pueden potenciar o anular el otro. Ambos deberán ser considerados elementos esenciales de la evangelización y habrá que abordarlos con "audacia y prudencia".

Dejo a otros especialistas el comentario al capítulo IV de la "Evangelii Nuntiandi", dedicado a "los medios y métodos" de evangelización. Entiendo que ellos son el campo especialísimo de los peritos en medios de comunicación y de los catequetas. Habrá que apoyarles y brindarles toda nuestra simpatía y colaboración. Pero, para que en sus medios y métodos no se esfume el contenido, compete al Magisterio y a los Teólogos descubrir, separar y sintetizar las formulaciones de su contenido, incluso en las mismas expresiones bíblicas y dogmáticas del depósito de la fe, y tratar de hacer un esfuerzo para adaptarlas con la máxima fidelidad no sólo a la más viva tradición sino también al hombre de hoy. "Con la audacia y prudencia" que se nos pide, queremos correr el riesgo de buscar el núcleo del contenido más fresco, puro y vivo del Evangelio de siempre.

No pretendemos hacer un comentario exegético¹ a cada una de las palabras del capítulo III de la "Evangelii Nuntiandi", sino más bien una explicación en bloque a dicho capítulo, tratando de presentar: 1. Los elementos esenciales del contenido de la evangelización según la "Evangelii Nuntiandi"; 2. Los criterios para una reformulación sistemática; 3. Un proyecto de sistematización.

1. El Contenido de la Evangelización según la EN.

Todo el capítulo III de la Exhortación papal está dedicado al contenido de la evangelización. Comienza distinguiendo entre los "*elementos secundarios*, cuya presentación depende en gran parte de los cambios de circunstancias", y el *contenido esencial*, una substancia viva, que no se puede modificar ni pasar por alto sin desnaturalizar gravemente la evangelización misma" (n. 25).

Este "contenido esencial" es lo que nos preocupa fundamentalmente. Sería prolijo que el Papa se hubiera dedicado a concretar detalladamente cuál es este contenido. Alguien podrá decirnos que éso lo conforma el Credo; pero hay muchas formulaciones de "credos", incluso propuestos por el mismo Magisterio. Otro podrá añadir que se debe expresar y salvaguardar todo el Dogma católico, es decir, "el depósito de la fe"; pero tampoco es fácil determinar cuáles son estas verdades formuladas dogmáticamente y, por otra parte, el contenido del Evangelio es algo más que verdades, ideologías y fórmulas... Es "una substancia viva" (n. 25).

Tal vez sea por este motivo por lo que la Exhortación en los números siguientes más bien da unas pistas que una temática concreta. Pero quedan claros, en una exposición más descriptiva y pastoral que estrictamente teológica, *los rasgos esenciales* que aparece no deben olvidarse en la evangelización. Haciendo un esfuerzo por sintetizar apretadamente lo que en los números 29-39 se nos dice, habría que resaltar al menos los elementos siguientes:

1. Hay que "dar testimonio de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo". Añade el Papa que este aspecto *trinitario* del mensaje evangélico hay que expresarlo de una manera "sencilla y directa". E inmediatamente viene a explicar ésto, diciendo que hay que "poner de manifiesto que para el hombre *el Creador no es un poder anónimo y lejano: es Padre*" (n. 26). Tal vez sea ésta una de las fórmulas más sencillas de expresar la insondable profundidad del misterio Trinitario que, formulado a nivel filosófico, suele decir muy poco al hombre de hoy.

¹ La intención de estas páginas originariamente fue la de prestar un servicio a las "Misiones Populares", que quieren renovar el contenido de su mensaje. El lector notará ésto sobre todo en la segunda y tercera parte del artículo. El autor, sin embargo, creyó que este estudio podría servir para un público mucho más amplio.

2. El *centro*, la *base* y el *culmen* de la evangelización es: *Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para traer la salvación a todos*. Este es, sin duda, el mensaje clave del Evangelio y que amplía el punto anterior. Lo que se dice a continuación del comienzo de este número 27 no parece sino una glosa explicativa. El Papa no amplía mucho más estos aspectos de la persona de Jesús de Nazaret porque seguramente piensa que se trata de algo que resulta evidente, y porque se le ve preocupado por otros aspectos que hoy día pueden traer confusiones. Sin embargo, dentro de "un orden o jerarquía en las verdades de la doctrina católica" (Cfr. Vaticano II, UR 11), nunca se resaltarán suficientemente la importancia de la persona de Jesucristo.

3. La "salvación" que Cristo trae "no es puramente *inmanente*..., sino también *transcendente y escatológica*" (n. 27), es decir, como explica el número 28, en la proclamación evangélica hay que incluir "el anuncio profético de un más allá..., en continuidad y discontinuidad a la vez con la situación presente".

Se subraya aquí la tensión escatológica de la salvación entre el "Ya..., pero todavía no", clásico hoy día en teología bíblica. Pero da la impresión, tal vez por la llamada ley del péndulo, que la tentación al reduccionismo de una salvación inmanente es lo que más le preocupa al Papa, cosa muy importante ante el ateísmo práctico, el secularismo ateo y el espejismo de los paraísos terrestres de liberaciones parciales.

Obsesionado por estos motivos, sin embargo, no se subraya con la misma fuerza la tentación al reduccionismo de una salvación trascendente que, obsesionada igualmente por el evangelismo del más allá, el pietismo romántico de comunicaciones directas con el Transcendente (que suprimiría la mediación de Cristo, de la Iglesia y de los Sacramentos, y que se olvidaría, en definitiva de que "el Creador no es un poder anónimo y lejano"), puede caer en una de las pocas condenaciones del Vaticano II: "El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta sobre todo, a sus obligaciones para con Dios, y pone en peligro su salvación eterna" (GS 43²). La tentación del reduccionismo a lo trascendente ha sido y es tan común, en muchos sectores de la evangelización, que ha llevado al insulto de que la religión es "el opio del pueblo"².

² Sería interesante un estudio sobre la forma como la *Evangelii Nuntiandi* utiliza en cada contexto los vocablos "salvación" (que con sus derivados sale 32 veces) y "liberación" (22 veces con sus derivados). Cabe preguntarse si un término es tan inocuo y santo, y el otro tan tendencioso y tentador como a veces se dice. Opino que ambos son igualmente bíblicos, ricos y profundos, a la vez que ambos son igualmente equívocos, tentadores y tendenciosos. Depende del contexto en que se usen. Tal vez por ello habría también que hablar de la salvación "tal y como la ha anunciado y realizado Jesús de Nazareth" y la predica el dogma más genuino de la Iglesia, lo que parece sugerir, por otra parte, la misma explicación que le da el No. 27 de la Exhortación pontificia.

4. El número 28, sin excesivas pretensiones sistemáticas, describe las formas concretas como, dentro de la salvación immanente-transcendente, *se anuncia la esperanza* de la Buena Noticia que conlleva al amor fraterno y a la supresión del mal, *se madura en la oración y se expresa y culmina*, significativamente en los *Sacramentos*, en especial el de la Iglesia y la Eucaristía... ¡Una pista para los que equivocadamente contraponen la evangelización a la sacramentalización!

5. Completa el Papa el contenido de la evangelización, diciendo que ésta no sería completa si no tiene en cuenta *la interpelación recíproca entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social* (n. 29).

Esta afirmación elimina, de hecho, la tentación de reducir la salvación a un nivel ideológico, romántico, individual o extraterreno, y exige el compromiso concreto de salvar y evangelizar las estructuras o, como explícitamente había afirmado antes (n. 20), "evangelizar la cultura y las culturas del hombre en el sentido amplio que tienen sus términos en la *Gaudiam et Spes* (5)".

Esto quiere decir que la evangelización debe incidir en la vida del progreso temporal personal, en la vida de la sociedad, en la vida internacional, en paz, en la justicia y en el desarrollo. Esto es el auténtico *mensaje de la liberación*, "*especialmente vigoroso en nuestros días*" (n. 29); pero mensaje que queda un poco empobrecido en la fórmula negativa del final del n. 30 cuando añade refiriéndose a la liberación, "todo esto *no es extraño* a la evangelización", fórmula mucho más pobre que la "conexión íntima" de que hablaba la Declaración final del Sínodo de 1974, formulación que, a su vez, era todavía más pobre que la de "dimensión constitutiva" (*ratio constitutiva*) de los Padres Sinodales de 1971.

6. Después de presentar el Papa en los números 31-35 el mensaje de la liberación "tal y como la ha anunciado y realizado Jesús de Nazaret y la predica la Iglesia", parece resumirlo invocando el estilo mismo de Jesús (cfr. Mc 1, 15) cuando afirma categóricamente: "La Iglesia considera ciertamente importante y urgente *la edificación de estructuras más humanas*, más justas, más respetuosas de los derechos de la persona, menos opresivas y menos avasalladoras; pero es consciente de que aún las estructuras mejores, los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas, si no hay una *conversión de corazón y de mentes* por parte de quienes viven esas estructuras o las rigen" (n. 36).

En la línea de los más grandes profetas bíblicos, y sobre todo de Jesús de Nazaret, Pablo VI nos indica el mensaje de la violencia (cfr. n. 37), como medio para buscar una mayor igualdad de clases, no tiene el estilo cristiano ni es eficaz en el cambio o evangelización de las estructuras. Sólo

la conversión más profunda, el "cambio de corazón y de mente", la auténtica *metánoya* bíblica, es lo que más específicamente (n. 38) contribuirá a la verdadera instauración del Reino de Dios.

2. Criterios para una reformulación sistemática.

Para descubrir "con audacia y prudencia, conservando la fidelidad al contenido, las formas más adecuadas y eficaces de comunicar el mensaje evangélico a los hombres de nuestro tiempo" (n. 20), conviene tener presentes algunos criterios que, desde diversos ángulos, iluminen el proyecto de sistematización que después vamos a proponer.

1. *El dinamismo histórico de la salvación.* Cuando se habla del contenido de la evangelización se quiere designar el objeto mismo de la revelación divina, la "substancia viva" del "depósito de la fe".

Ahora bien, durante mucho tiempo se confundió fácilmente el objeto de la revelación con "un conjunto de verdades reveladas" que es necesario aceptar para permanecer fieles a la fe. Sin embargo, esta forma de entender el objeto de la revelación fácilmente puede llevar a las "ideologías", y de la ideología al mito no hay más que un paso.

El Vaticano II, a través de la ardua colaboración de los diversos esquemas que culminaron en la *Dei Verbum*.³ ya desde el Proemio nos pone en la pista genuina al remitirnos a las palabras bíblicas: "Os anunciamos la *Vida* eterna: que estaba junto al Padre y se nos manifestó" (I Jn 1, 2). Y un poco más adelante, en el n. 2 que aquí debíamos subrayarlo íntegramente, se afirma categóricamente: "Quiso Dios, en su bondad y sabiduría, *revelarse a Sí mismo y manifestar el Misterio de su voluntad* (cfr. Ef 1, 9)... La revelación se realiza por *obras y palabras intrínsecamente ligadas*... La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha revelación, *resplandece en Cristo*, mediador y plenitud de toda revelación".

Sin excluir el Vaticano II las "verdades" reveladas (cfr. DV 6), nos remite, sin embargo, al mismo concepto de "verdad" en la Biblia, realidad que se identifica con la "fidelidad" al pacto, a la Alianza, y más en concreto a las promesas que Dios hizo a los Patriarcas y que se desprenden del "Misterio", la iniciativa divina o benévola designio que Dios se propuso desde toda la eternidad para realizarlo en Cristo, camino, verdad y vida (cfr. Jn 1. 17). Jesús es la "verdad" encarnada porque en El se realiza en plenitud la "fidelidad" de Dios a sus propias promesas optimistas por lo que tienen de salvadoras y liberadoras.

³ Cfr. I. de la Potterie, "La Verdad de la Sagrada Escritura según la doctrina del Concilio", pp. 79-111, en *La Biblia hoy en la Iglesia*, Madrid 1970.

Todo esto nos indica que el contenido de la revelación no son fórmulas o "verdades" filosóficas, sino la vida divina encarnada y manifestada en las gestas históricas y muy en particular en Jesucristo, plenitud de la revelación. El "kerygma" y los "credos" bíblicos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, son una recitación solemne y aleluyática de la actuación y revelación de Dios en la historia.

La fe, tal como nos la propone la Biblia, es "histórica", en el sentido de que es la respuesta a la presencia dinámica de Dios en la historia. En el dinamismo progresivo de la acción reveladora de Dios, el hombre ha ido captando la "verdad-fidelidad" divina y en sintonía con esta acción es como el hombre ha ido dando también su respuesta total y comprometida. Claro que al querer, el hombre, formular esta actuación-revelación de Dios, necesariamente ha tenido que hacerlo según las categorías culturales de su época.

De donde se desprende que, a partir del mismo objeto de la revelación, no se puede prescindir del marco histórico cuando se pretende presentar el contenido de la misma revelación. Y esto no sólo en cuanto a la formulación bíblica de otra época, sino también de la de hoy, ya que nuestra época también está toda ella traspasada por la presencia dinámica de Dios ("signos de los tiempos"), presencia reveladora que, siguiendo la más genuina tradición bíblica, deberá formularse con las categorías y lenguaje de nuestro tiempo.

2. *Fidelidad al Evangelio*. Esto es, sin duda, el criterio fundamental en todo este esfuerzo por sistematizar el contenido de la evangelización. Tanto, que casi resulta una redundancia. Estaría de sobra discutirlo, pero no el buscar algo elemental sobre lo que pueda significar "evangelizar" según el mismo Evangelio y que no se deberá olvidar. Sobre todo porque la palabra "evangelizar" puede tomarse en un sentido candoroso, romántico, angelical y trascendente, que estaría muy lejos de su sentido más genuino. Remitiendo a un estudio un poco más amplio anteriormente publicado, desearíamos subrayar que "evangelizar", tal como el mismo Jesús lo hizo y sugiere la *Evangelii Nuntiandi* en sus números 6-16, implica, entre otras cosas, al menos lo siguiente:

— Un "anuncio" gozoso⁴ y solemne de que el Reino de Dios se ha iniciado ya hace dos mil años en Jesús de Nazaret. Esto indica, como criterio elemental, que la evangelización debe hacerse bajo el signo de la esperanza o prudente optimismo cristiano. Por contrapartida, cuando el

⁴El gran especialista en literatura hebrea y rabinica, A. Díez Macho, en *Actitud de Jesús frente al hombre*, Madrid 1976, pág. 39, glosando en una nota el significado etimológico de la palabra "evangelio", dice: "En castizo castellano diríamos 'albricias', palabra derivada del árabe *ab-bishara*, correspondiente a la voz *besorá* empleada por Jesús".

egoísmo, el pecado, individual o institucional, opaca y oprime con la injusticia la presencia de Cristo y la realización de su Reino, habrá que “denunciarlo” con la misma solemnidad y energía.

— La Buena Nueva que Cristo predicaba se identifica con la realización de la salvación o liberación plena y total, sin dicotomías de ninguna clase: material-espiritual, alma-cuerpo, historia-eternidad, aquí-allá. Los signos milagrosos, con que Jesús confirmaba la Buena Nueva que llevaba a los pobres, lo confirman hasta la evidencia: dominaba el cosmos (calmando tempestades, cambiando el agua en vino, caminando sobre las aguas), creaba un mundo más humano (curando sordos, ciegos, mudos, paralíticos; resucitando muertos; multiplicando el pan), atacaba el mal moral (perdonando los pecados, exigiendo la conversión y el amor sin condiciones al prójimo, proponiendo un estilo de vida radical en su seguimiento), etc. Esta misión de instaurar el Reino de su Padre entre los humanos, es la misma a la que relanza a los suyos (cfr. Mc 16, 15-18; Jn 20, 21), y ésta es la razón de ser de la Iglesia eterna.

— Teniendo, pues, como *objetivo* de la evangelización la instauración, desde aquí y ahora, del Reino de Dios, el *medio* que Cristo propone es el de la “metánoya”, la conversión, entendida como un cambio radical del corazón, del ser más profundo del hombre. Marcos (1, 15) resume lacónicamente el mensaje que Cristo predicaba, diciendo: “Concientizáos y creed en el evangelio”. Si el origen del mal está en el corazón del hombre más que en las estructuras externas (cfr. Mc 7, 18-23), es en el cambio del mismo corazón y mente donde debe iniciarse el nuevo orden.

— En definitiva, un anuncio que pretenda ser “evangélico”, lo deberá ser al estilo de un Dios encarnado en la humanidad, al estilo de Cristo. No se debe olvidar que “cristianismo” y “mesianismo” son palabras que significan lo mismo. Pregonar el Evangelio es anunciar y realizar un paraíso sin reduccionismos socio-político-económico, immanentes e intramundanos, que agradarían a cierto tipo de pietismo angelical, y sin exclusiones de lo espiritual, transcendente y extramundano, que aplaudiría cierto tipo de ateísmo.

3. *Fidelidad a la Tradición.* Los católicos sabemos que “la Iglesia no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado” (DV 9). Por ello al transmitir el contenido de la evangelización, no puede dejarse a un lado la Tradición viva de la Iglesia que, junto con la Sagrada Escritura, es el “espejo en que la Iglesia peregrina contempla a Dios, de quien todo lo recibe, hasta el día en que llegue a verlo cara a cara, como El es” (DV 7).

Reducir el mensaje evangélico a lo que está solamente contenido en la Escritura, sería empobrecer la substancia viva del “depósito de la fe”. De la Tradición viva, y después oral, surgió la mayor parte de la Escritura y

en particular los Evangelios. San Pablo no duda en recurrir a lo que a él se le “transmitió” cuando quiere proponer algo importante. Y esta Tradición, que se perpetúa por los siglos a través de las instituciones, leyes y estructuras sacramentales sobre todo, continúa formando el caudal vivo de la revelación.

Admitir la Tradición viva de la Iglesia, no significa, sin embargo, dar el mismo relieve a todo su contenido. El mismo Vaticano II (UR 11) nos advierte que existe “un orden o jerarquía en las verdades de la doctrina católica, ya que es diverso el enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana”. Ello nos indica que, en una presentación sistemática del contenido de la evangelización, no se podrá dar la misma importancia a la existencia de los ángeles o demonios, la virginidad de María o la problemática de las indulgencias, por ejemplo, que a la existencia de Jesús y su Resurrección, al mensaje del amor incondicional al prójimo, a la vida eterna o a las figuras excelsas de la Iglesia y su Modelo de fe, la Virgen María.

Es igualmente sabido de todos los teólogos y pastores que no debe confundirse la “Tradición” con las “tradiciones”. Muchas de éstas pertenecen a la disciplina no siempre secular y universal de la Iglesia o a los condicionamientos culturales del marco histórico de otra época, pero que en la nuestra no son tan importantes o simplemente son inadecuados. Seguramente muchas de estas tradiciones conforman los “elementos secundarios, cuya presentación depende en gran parte de los cambios de circunstancias”, como afirma Pablo VI. Incluso algunas de ellas podrían clasificarse entre aquellas que Jesús apellidaba un poco despectivamente “tradiciones vuestras” o “tradiciones de los hombres” (Mc 7,8).

En todo caso, y hechas las debidas matizaciones, habrá que salvar siempre el núcleo central de la fe que siempre se ha enseñado. Y esto no sólo por obediencia a la misma Tradición y a la Iglesia, sino también por respeto al mismo pueblo que evangelizamos, sobre todo cuando es el pueblo fiel, tal vez poco evangelizado o no practicante. Hoy día se habla mucho de respetar los valores culturales, entre los cuales están, sin duda, los de su “tradicón religiosa”. Pero a veces da la impresión de que se olvidan y hasta se ridiculizan cuando se trata de valores cristianos o católicos que despectivamente los apodamos “religiosidad popular”. Fácilmente se les tilda de cristianos “tradicionalistas”. ¿No habrá que asumir, aunque sea para purificarlos, muchos de esos elementos “tradicionales” que no son los más genuinamente cristianos? ¿No hemos sido nosotros, y nuestros pastores precedentes, quienes les hemos educado en esas “creencias”? ¿Se podrá echar por la borda todo, en un solo momento? ¿Habremos sabido acomodar el genuino mensaje cristiano a su más auténtica cultura tradicional?

4. *Fidelidad al hombre de hoy y de aquí.* “Tenemos fe en Dios, en los hombres, en los valores y en el futuro de América Latina”, decían los Obis-

pos en Medellín. Con ello nos proponían un criterio de acción pastoral y de evangelización.

El criterio de fidelidad al Evangelio mismo, implica también la fidelidad al hombre hacia quien Cristo envió a los suyos: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes" (Mt 18, 20). "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación" (Mc 16, 15). "Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra" (Act 1, 8). Pablo VI, en la *Evangelii Nuntiandi* (n. 50), ante estas afirmaciones, exclama lleno de gozo y de temblor a la vez. "¡A todo el mundo! ¡A toda creatura! ¡Hasta los confines de la tierra!".

La Constitución *Gaudium et Spes* (21^a) nos dice que la Iglesia está toda ella al servicio de la humanidad, pero no de una humanidad abstracta, sino del hombre concreto: "el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad" (GS 3), el hombre de hoy y de aquí, el hombre personal y social.

Por ello una evangelización no sería auténtica si no respondiera a los más profundos y existenciales interrogantes que se hace el hombre de hoy: "¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?" (GS 10).

Evangelizar, según el evangelio, es como hizo Cristo, llevar una respuesta de esperanza, una noticia alegre a todo el que la necesite y en la dimensión o plano en que lo necesite: llevar pan al hambriento, luz al ciego, ánimo al corazón angustiado, amor al egoísta, perdón al pecador, si no damos una respuesta al problema o interrogante concreto, no damos la Buena Noticia que el hombre necesita! Y el hombre de hoy, en general, se siente sumergido en un mundo secularizado y secularista: invadido por los problemas económicos, sociales, culturales; bombardeado por los medios de comunicación que le invitan a un consumo ilimitado de energías y de cosas, pero sin dar siempre una solución a los problemas por ellos mismos suscitados.

El hombre de hoy, como el de otras épocas, antes que nada se preocupa de sí mismo y sus circunstancias: problemas familiares (empleo, salario, hijos), socio-político-económico (fábrica, oficina, participación en la sociedad, derechos y obligaciones), culturales (colegio, universidad, avances de la ciencia y de la técnica), afectivos (sentido del amor, sexualidad, institución familiar). Por ser éstos los problemas más inmediatos, difícilmente atenderá una propuesta que le remita sólo a lo trascendente, si antes no le resuelve los más inmanentes. Desgraciadamente, en la mayor parte de los casos, cuando estos aspectos han encontrado una solución más o menos favorable, ya no echan en falta tampoco a ese mismo Trascendente.

De ahí que la evangelización debe buscar la forma de dar una Buena Noticia a estos interrogantes concretos. Y esto hace que el hombre se convierta en el centro de la evangelización. El contenido de ésta será una genuina antropología. Pero una antropología evangélica es la que se hace al estilo del Hombre nuevo, Jesucristo, el modelo de auténtica realización humana. Este es el motivo por el cual el hombre, como una tarea a realizarse según el proyecto de Dios y su modelo dinámico Jesucristo, va a ser el centro de nuestra sistematización del contenido de la evangelización.

Pero hay más todavía. El hombre concreto latinoamericano, tiene, entre otras muchas, dos características que inciden necesariamente en la perspectiva del contenido de la evangelización:

Por una parte es, en un tanto por ciento muy elevado, un hombre oprimido en casi todas las dimensiones de la vida: económica, política, social y religiosa. Frente a la violencia de la "injusticia institucionalizada" está la otra violencia de lo sagrado. No es necesario describir aquí lo que las teologías —¡tan latinoamericanas!— de la Liberación y de la Religiosidad popular ya han hecho. Sólo queremos subrayar que, en nuestros países, urge "un mensaje, especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación... La Iglesia tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, entre los cuales hay muchos hijos suyos; el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total" (n. 29-30).

Por otra parte, en nuestro continente, fundamentalmente cristiano, pero no suficientemente evangelizado, muchedumbres enormes se ven arrastradas unas veces por la violencia de lo sagrado o religiosidad popular a unas creencias y prácticas que no son las más cristianas, y otras veces por el devastador impulso de un secularismo o humanismo cerrado en sí mismo que empuja a un ateísmo práctico. Por un motivo u otro, en América Latina tiene una aplicación muy concreta la existencia de lo que Pablo VI afirma: "Toda una muchedumbre, hoy día muy numerosa, de bautizados que, en gran medida, no han renegado formalmente de su bautismo, pero están totalmente al margen del mismo y no lo viven" (n. 56).

También estas muchedumbres latinoamericanas "necesitan del Evangelio y tienen derecho al mismo... El mensaje evangélico no está reservado a un pequeño grupo de iniciados, de privilegiados o elegidos, sino que está destinado a todos, la Iglesia hace suya la angustia de Cristo ante las multitudes errantes y abandonadas como ovejas sin pastor, y repite con frecuencia: Tengo compasión de la muchedumbre" (n. 57).

De ahí se deduce que es al "corazón de las masas" donde urge dirigir el anuncio evangélico. Los diversos grupos o movimientos cristianos, por muy importantes que sean, no conforman ellos solos el "pueblo" de Dios. Por ello la pastoral de élites debe ser superada. Permítaseme decir que los

proletarios del Pueblo de Dios deben ser los privilegiados en la evangelización.⁵ Y en una reformulación sistematizada del contenido de la evangelización, para dirigirse al corazón de las masas habrá que buscar el núcleo fundamental del kerygma cristiano, dejando a un lado elementos que serían muy interesantes para grupos especiales.

5. *Estructura dinámica ascendente.* Al sistematizar el contenido de la evangelización, pensando sobre todo en las grandes masas populares a quienes queremos llavar "una enseñanza religiosa sistemática de los datos fundamentales" (n. 44), o en ciertos momentos fuertes de evangelización, como pueden ser Misiones, Retiros, Cursillos, etc., parece necesario presentar el mensaje en una dinámica vertebral que una, concatene y engrane en una forma armoniosa y ascendente, unos temas con otros, comenzando por lo más elemental hasta llegar a la cumbre final.

De esta forma se pretende dar cabida, por una parte, a las leyes más elementales de la psicología que, a partir de lo más fundamental en las apetencias de los oyentes se abre hacia otras perspectivas más exigentes, sin que descienda el interés y, por otra parte, a las de la teología más genuina, como es la Historia de la Salvación y la Escatología, cuya plenitud o perfección llega, a través de la tensión histórica de Cristo y del cristiano, en el tiempo futuro.

Esta dinámica ascendente debe ser como una línea sutil que atraviesa toda la sistematización del comienzo al final. También en nuestro trabajo hemos pretendido tenerla presente. En virtud de ello no hemos querido comenzar presentando los elementos de mayor altura mística al principio, como sería el misterio de la Santísima Trinidad, de la Gracia, del Cuerpo Místico, etc., sin haber respondido antes a los interrogantes más elementales que se hacen los hombres de hoy.

6. *Adaptación y fidelidad de lenguaje.* "La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su 'lengua', sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta" (n. 63).

⁵ Cabría hacer una crítica serena sobre algunas formas de hablar que no siempre parecen las más ajustadas a la realidad, tales como la de pastoral "ordinaria" y "extraordinaria". Tales expresiones pueden crear demasiados equívocos. Lo que resulta "extraordinario" en la pastoral por razones de tiempos, lugares, intensidad, etc., pueden, bajo otros aspectos, ser la pastoral más "ordinaria", vgr. la predicación del contenido de las verdades evangélicas. Las "Misiones Populares", por ejemplo, han sido calificadas de pastoral "extraordinaria", y con este calificativo han sido dejadas a un lado, muchas veces despectivamente, por algunos pastoralistas que las conocen a medias. Otra cosa sería la forma concreta como se estructuran y a veces se realiza su "montaje"... Pero, ¿no sería mejor clasificarlas como un "momento fuerte de la pastoral ordinaria"? A este respecto pueden leerse las interesantes reflexiones de Mons. V. Tepe, "Nova et Vetera. Reflexión Pastoral en torno a la Misión Popular", en *Medellín*, 10 (1977), pp. 332-240.

Si el lenguaje es el instrumento que trasvasa el contenido mismo, no hay más remedio que tenerlo presente al transmitirlo con palabras, signos y símbolos acomodados a la cultura de cada pueblo. Cierto que esto habrá que hacerlo con discernimiento, seriedad, respeto y competencia (n. 63) para no desvirtuar, desvanecer o vaciar el alma y contenido de la evangelización bajo pretexto de traducirlo, pero es indispensable y urgente hacerlo (n. 63). El lenguaje total que hoy utilizan los medios de comunicación tiene mucho que decir a los evangelizadores, si quieren llegar al pueblo.

Pablo VI subraya muy bien que no ha de entenderse todo esto a un nivel semántico o literario, sino a un nivel "antropológico y cultural" que, por lo que a continuación sugiere, quiere decir que sea un lenguaje popular, que llegue al pueblo. Expresiones, símbolos o signos exotéricos, reservados a hombres de cultura especializada, y en particular a teólogos y eclesiásticos, deben dejarse a un lado.

Entiendo que esto es cuestión sobre todo de los evangelizadores. Cada uno de ellos debe tener presente el público concreto y la mejor forma de verterle el contenido. Aventurando algo, me atrevería a añadir que tal vez el lenguaje que mejor resiste a la fidelidad al "pueblo" y al "evangelio", es el mismo lenguaje evangélico o bíblico. ¿Por qué? Porque la Biblia surgió de la tradición misma vivida por un pueblo y que utilizó el lenguaje tomado de la cultura y sabiduría popular, lenguaje que entienden los sencillos y admiran los verdaderos sabios.

En la sistematización que a continuación vamos a proponer, es este tipo de lenguaje bíblico el que hemos preferido normalmente. Pero claro que en él nos dirigimos sobre todo a los pastores, más preparados, y que pueden comprender la significación del mensaje bíblico. Contamos, sin embargo, con que ellos todavía deberán acomodarlo mucho más a los oyentes. En otros momentos, al lenguaje bíblico hemos unido el del Vaticano II, que pretendió hablar con palabras sencillas para el hombre de cultura media.

3. Proyecto de reformulación sistemática.

A partir de los criterios anteriores, propondríamos como nueva sistematización del contenido de la evangelización el siguiente proyecto, siempre abierto a posibles mejoramientos. Ofrecemos primero un brevísimo resumen y a continuación su ampliación.

1. El Proyecto Salvífico de Dios:
2. El hombre como vocación a ser "imagen de Dios".
3. El pecado destruye la "imagen de Dios".

4. Jesús, Dios-con-el-hombre e imagen de Dios invisible.
5. La Iglesia, continuación visible de Cristo:
 - “celebra” la vida cristiana (Sacramentos).
 - “practica” la ley del Evangelio (Mandamientos).
6. La plenitud de la Salvación (Escatología).

1. *El Proyecto salvífico y optimista de Dios* (cfr. Ef 1, 3-14; Col 1, 15-20; Rm 16, 25; 1 Tm 3, 16). Tema clave e introductorio que explica la historia salvífica y la enmarca. Debe ser el gran pregón o kerygma que atraviesa toda la temática posterior: La iniciativa divina trazó una estrategia desde toda la eternidad para realizarla en la historia. Es el gran “misterio” de Dios, misterio de salvación y no de reprobación. “La historia es la realización de un sueño de Dios” (Unamuno). La salvación, proyectada en la eternidad, se realiza en la historia humano-cósmica en la que Cristo es el Centro o “plenitud de los tiempos”, aunque la trasciende en el punto de partida y en el de llegada. Es en esa historia y a través de ella como Dios se autorrevela al hombre.

2. *El hombre como proyecto para ser... “imagen de Dios”* (cfr. las perícopas antropológicas bíblicas, vgr. Gn 1, 26-28; Gn 2; Sal 8; Sir 17, 1-13, etc. y toda la 1ª Parte de la Gaudium et Spes). Este tema, que se puede desdoblar al menos en tres, nos muestra que el hombre ha sido proyectado para ser (no nace siéndolo, ni a nivel personal ni colectivo, sino en germen) “poco menos que Dios”, “imagen de Dios”; pero imagen de un Dios Vivo y Creador y Amigo del hombre. De ahí que su vocación (la “naturaleza” del hombre según la Biblia) es una tarea a realizar en el proceso histórico hacia la libertad en virtud del dinamismo divino que actúa en él. De ahí dimanar las normas éticas de la ley “natural”, pues cuando el hombre actúa en conformidad con la naturaleza del hombre es cuando obra en conformidad con el plan de Dios. Así, pues, tendríamos los tres siguientes temas:

a - *El hombre se autorrealiza en comunión de ser con la sociedad*, es decir, dándose. (“No está bien que el hombre esté solo, démosle una ayuda semejante”. “Creced, multiplicaos, sed fecundos”. Si el grano de trigo no muere, queda solo” y nn. 23-32 de la Gaudium et Spes). El hombre es por naturaleza un ser social: solo se realiza (libertad) al trascenderse a los demás para ayudarles y servirles. La esterilidad, el egoísmo y el narcisismo son vocablos que no se encuentran en el diccionario cristiano, si no es para condenarlos. “El hombre no se realiza a sí mismo si no es superándose”; “no hay más que un humanismo verdadero que se abre al Absoluto” (Pop. Progressio). En la predicación hay que arrancar de la generosidad humana para sacar las consecuencias éticas de tipo socio-político-económico, tan importantes en el momento histórico actual.

b - *El hombre, con-creador con Dios* y transformador del universo por medio de su actividad: "Dominad la tierra, sometedla, llenadla"; "puso (Dios) al hombre en el jardín del Edén para que lo guardara y lo cultivara", y los nn. 35-39 de la *Gaudium et Spes*. Se trata de presentar en este tema, como autorrealización del hombre (libertad), toda la teología del trabajo, dándole su dimensión de obediencia, culto, amor, sociabilidad, redención, humanismo, escatología ("preparar el material del Reino", GS 38), cruz, etc. Este es el punto de arranque para el sentido y valor de todo lo terreno: trabajo, desarrollo, liberación, paz, justicia, etc. en un mundo desacralizado, pero donde el cristiano sabe del valor trascendente y cristiano de la creación, de la culpabilidad del mismo hombre frente a gran parte de los "males" existentes, y donde se ve claramente que el hombre ha sido creado creador. "La naturaleza del hombre es el arte" (Lacroix).

c - *El hombre, llamado a la amistad y filiación divina*. El hombre está naturalmente llamado no sólo a trascender el cosmos, para dominarlo, y a la sociedad, para servirla, sino también al Absoluto e Infinito. Ha sido el mismo Dios quien, en su condescendencia, se ha dignado rebajarse para "pasear junto al hombre" (Gn 3, 8), para hacer de él su amigo y su hijo. En virtud de la iniciativa divina el hombre es de la raza de Dios. "Yahweh" es un "Dios-con-nosotros", el Dios que estuvo con los padres, el Emanuel, uno de los nuestros: "El Creador no es un poder anónimo y lejano: es Padre" (Ev. Nunt. n. 26) y no sólo un "dios" que está en lo alto viendo y controlando al hombre desde fuera de la historia. Por su encarnación y resurrección en Jesús de Nazaret, Dios ha sellado la solidaridad con el hombre para siempre. Ahí está la gran dignidad del hombre y el gran compromiso de adoración y alabanza para con Dios.

3. *El pecado es la autodestrucción del hombre*. (Este tema se presenta aquí como la antítesis del tema anterior y hay que predicarlo como tal: el clarooscuro del gran plan salvífico de Dios). Habrá que resaltar al menos los siguientes elementos:

— El "pecado" (según la etimología hebrea y griega en la Biblia, y también según el contenido mismo bíblico) es la "insensatez" o el "error" en virtud del cual el hombre "desconoce" la presencia de Dios en la historia y en los hombres y actúa como tal.

— El olvidarse de la presencia de Dios en el mundo (cfr. Dt 8, 17) el hombre se autoproclama, idolatrándose, y pierde el punto de relatividad, o el centro de gravedad con relación a Dios, y se absolutiza, pero se autodestruye al salirse de órbita.

— Para autorrealizarse más rápidamente, prescindiendo de Dios, el pecador fomenta su "codicia" (que es el pecado original, cfr. Rm 5, 12; 7, 7; 1 Co 10, 16; Nm 11, 34, que son un buen comentario de Ex 20, 17; Dt 5, 8) pretendiendo realizarse "al margen del plan de Dios" (GS 13a), que se ex-

puso en el tema anterior. Para hacer más rentable su "codicia", el hombre estructura, legaliza e "institucionaliza la injusticia", es decir, funda el "pecado del mundo" (Jn 1, 29; Rm 1, 18ss) o pecado social, que es una atmósfera de pecado ("hamartiosfera") que nos envuelve y seduce para pecar más.

— De echo, a la luz de la razón, se puede comprobar que el hombre, al pecar comete el gran "error" de hacer el mal que se le presentaba con apariencias de bien, resultando engañado y destruído. En ello está su "culpa" y su "disculpa": "Padre, perdónales, porque no 'saben' lo que hacen" (Lc 23, 34).

— Pero en su equivocación precipitada e imprudente, el hombre, al errar, se aparta de Dios, se crea una situación interna de conflicto destructor, se separa de la sociedad y se somete al cosmos, es decir se autodestruye, creándose libremente el infierno, que es autodestrucción total.

4. *Jesucristo, Hombre perfecto y verdadero Dios-con-nosotros.* Jesús de Nazaret es el nuevo Adán (hombre) y lo que el hombre primero no realizó en su proyecto vocacional de ser la "imagen de Dios", El lo llevó a cabo constituyéndose en "imagen de Dios invisible" (Col 1, 15): dominó el universo (por su trabajo y milagros en la naturaleza), sirvió a los demás (dándose incluso a sus enemigos) y fue el verdadero amigo e Hijo de Dios, hasta llegar a constituirse en el lugar donde "tuvo a bien residir plenamente la divinidad" (Col 2, 9; 1, 19). Este tema es el Centro del cristianismo y de la Historia Salvífica, y a la vez la culminación de la antropología; debe, por ello, desdoblarse en los temas siguientes:

a - *Jesús de Nazaret, el Hombre nuevo*, modelo dinámico de todo hombre. Hay que tratar de presentar al Jesús histórico con todo su atractivo de riquezas humanas: quién fue, por qué fue y es el hombre más famoso de la historia (formas geniales de hablar y actuar, hombre del pueblo..., misterio rico en humanismo que se desvela solamente en la resurrección, cuando hizo patente lo que estaba latente, mostrándose incluso como Dios.

b - *Jesucristo, el Hijo de Dios.* Hay que presentar lo que predicó (palabras) y lo que hizo (obras, signos) Jesús de Nazaret: comenzó anunciando el Reino de Dios (la "Teocracia") y predicaba la noticia alegre de que en El ya los últimos tiempos (paradisiacos) estaban comenzando. Sus obras eran "signos" de la presencia de este Reino o presencia de Dios-con-nosotros (Lc 11, 20; Mt 12, 28). Sus palabras y obras eran, así, una "buena noticia" para toda clase de pobres. Sólo que la implantación de dicho Reino (objetivo final), no se realiza (medios) a través de la violencia sangrienta ajena (tipo zelota), sino con la propia y saliendo del "error" pecaminoso mediante la "concientización" (metánoya) que nos lleva a saber dónde está el auténtico bien y mal en todas sus líneas.

c - *Jesucristo, Hombre libre y Liberador*: trató de suprimir las opresiones cósmicas (naturaleza, muerte), físicas (enfermedades), económicas (predicó la igualdad), legales (el sábado está hecho para el hombre), sexuales (igualdad hombre-mujer), religiosas (el culto "espiritual")... Con su vida y resurrección creó el Hombre nuevo que aún debe llevar a su "plenitud" de estatura de hombre perfecto (cfr. Ef 4, 13) en nosotros, su Cuerpo o Iglesia.

d - *Jesucristo revela al Padre en el Espíritu Santo*. (Este tema, que a primera vista parece excesivamente teológico —tal vez en algún caso podría suprimirse— es uno de los que introducen en la más alta mística cristiana, con profundo sentido trinitario. Habrá que explicar cómo Cristo ha llevado a plenitud la revelación sobre Dios y el hombre: Dios es amor-fiel que se nos ha manifestado en Cristo por la donación del Espíritu del Padre, en virtud del cual le llamamos a Dios, porque lo somos, "Abbá". Padre, y hermanos unos de otros. Pero el misterio trinitario se hará difícil de comprender mientras el hombre no se salga de su egoísmo y aprenda a ver en los demás el tú que debe llevar al nosotros, El amor puede explicar las razones (del Uno y Trino a la vez) que las matemáticas no pueden resolver.

5. *La Iglesia continúa la Persona, obra y mensaje de Cristo*: En el Plan de Dios, el hombre sólo encuentra la salvación a través de la historia. El encuentro con Dios nunca es directo, a manera de teofanía ("Nadie puede ver a Dios y vivir", Ex 33, 20; Lv 16, 2; y "Nadie ha visto a Dios ni lo puede ver", Jn 1,18; 6, 46; 1 Tm 6, 16; 1 Jn 4, 12); de ahí que siempre son necesarios "signos" o mediaciones para el encuentro salvífico con Dios. Jesús fue el Mediador visible y universal (cfr. 2 Tm 2, 5; Col 1, 15), pero, al desaparecer visiblemente, nos ha dejado la visibilidad de su Cuerpo, su Esposa, la Iglesia, como Sacramento o "Signo o instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1). Arrancando de estos puntos, el tema de la Iglesia podría presentarse en los puntos siguientes:

a - *Un Pueblo peregrino, signo eficaz (sacramento) de Cristo*: La Iglesia es la expresión visible y eficaz de lo que fue Cristo en su vida. Es su Cuerpo, su Esposa, un Pueblo peregrino "animado" e impulsado, por el mismo Espíritu de Cristo, hacia el Padre. Mientras tanto, como pueblo peregrino, la Iglesia, siendo "una", "santa", "católica" y "apostólica", experimenta la tensión histórica de la desunión, pecado, sectarismo y la escoria de algunas tradiciones más humanas que apostólicas. Pero "entre luces y sombras" la Esposa de Cristo se esfuerza por quitar "manchas y arrugas" (Ef 5, 27) y significar visiblemente la salvación de Jesucristo.

b - *Una Iglesia Neumática y Jerárquica*: Creemos en el Espíritu Santo "vivificador" de la Iglesia. El mismo Espíritu que vivificó a Cristo es el que anima, impulsa, úne, congrega ("eklesía") por la Palabra del Evan-

gelio al Pueblo peregrino de Dios. Y este Espíritu de amor, con sus dones, sobre todo el de la caridad, se manifiesta carismáticamente en sus miembros para el bien común de todo el Cuerpo. Pero, por ser un Cuerpo con vida, necesariamente, dadas las coordenadas del tiempo y del espacio, requiere él también "carisma" de la Jerarquía (cfr. 1 Co 10, 28), en virtud de lo cual la Iglesia es también una "institución", pero al servicio del "Espíritu" y del Pueblo, y no viceversa.

c - *La Iglesia "celebra" la vida (salvación) cristiana*: El Pueblo de Dios celebra el "memorial" (cfr. 1 Co 11, 24-25; Lc 22, 19), es decir, presencionaliza con gestos y palabras los misterios de la vida de Cristo y del cristiano, en sus momentos más fuertes. La Liturgia no es algo "sacral" (separado de la vida, una isla), sino un momento fuerte de ella, es decir, "culmen y fuente" (SC 11) del proceso mismo de la vida, es celebración festiva en signos. Esta temática sacramental, puede desdoblarse en los puntos siguientes:

1º - *El Bautismo y Confirmación*, como expresión oficial de la celebración de la Pascua y Pentecostés cristianos. Allí comienza (bautismo-pascua) la génesis y llega a su mayoría de edad (confirmación-pentecostés) la dignidad del hombre como auténtica "imagen de Dios", como nueva creatura, para ser "profeta" (testigo de Cristo en el mundo), "rey" (servidor comprometido en la comunidad) y "sacerdote" (con derecho y obligación de celebrar los sacramentos) de Dios en la historia humana. Pero habrá que subrayar que en el bautismo se inició sólo el Exodo o pertenencia al Pueblo peregrino de Dios, hasta llegar, a través de la mayoría de edad (confirmación), a la plenitud, en el misterio de su muerte-resurrección corporal.

2º - *La Penitencia, concientización y reconciliación*. El pecado, como "error" práctico, destruye la dignidad del hombre. Toda la vida debe ser una toma de conciencia ("metánoya", cambio de "corazón" o mente, en sentido bíblico) para ser menos imprudentes y saber detectar dónde está el verdadero bien o mal. El sacramento de la Penitencia es el momento cumbre en el cual el hombre decide a pensar y actuar de otra forma, comenzando un nuevo ritmo de vida reconciliándose con Dios, consigo mismo (dividido por el pecado) y con la Iglesia-sociedad. (Este tema, tradicionalmente misionero, debe predicarse sin excesivos juridismos ni detalles, pero convenciendo al público de que es el único medio para recuperar la dignidad de hombre y de cristiano).

3º - *La Eucaristía como "Memorial" de Cristo*: El "memorial" es la "presencialización" o actualización de un acto salvífico. En el caso concreto, la Eucaristía, es la actualización de la vida de Cristo sobre todo en su momento cumbre de su Misterio Pascual (Cena-Muerte-Resurrección): toda la vida de Cristo, explicitada mucho más en su momento cumbre,

fue una *acción de gracias* de Dios al hombre y del hombre a Dios, en Jesús; una *donación* o entrega amorosa de Dios a los demás, que culminó en la *comunión* total de Dios-con-nosotros. De ahí que “celebrar” el “memorial eucarístico” es, entre otras cosas:

— Celebrar, en Jesucristo, la *Ben-dición* (eucaristía), la Palabra benéfica que, en Jesús, Dios pronunció sobre los hombres, y la palabra agradecida que los hombres dirigen a Dios (bendición descendente y ascendente). Se ha olvidado que la Misa es “acción de gracias”, y a veces las Plegarias Eucarísticas es a lo que menos importancia se da, siendo así que es allí donde se celebra “la copa de la bendición que bendecimos” (1 Co 10, 16). Se trata de toda la teología de la “Bendición” y acción de gracias, muy descuidada.

— Celebrar el *Sacrificio donativo* de Jesús en la Cena y en la Cruz, con todo el sentido que allí tuvo: una dimensión *pascual* (liberadora en todas las líneas), una dimensión de *alianza* o comunión y amistad (¿cómo celebrarla entre los desunidos por diversos motivos?) y una dimensión de *expiación* o liberación del pecado (verdadero perdón, Denzinger 940 y 950). Cabe hacer un examen para ver si se celebra el “memorial” como presencialización en la vida por los signos y ectitudes, o sólo se hace una “re-presentación” teatral!

— Celebrar la *Comunión* que culmina el sacrificio de alianza en el Dios que se nos da. Cristo no está en la Eucaristía sólo por estar, sino que se trata de una presencia dinámica-donativa de la misma persona; claro que para darse, debe estar presente. La Misa, como banquete festivo, debe mantener los elementos indispensables de todo banquete: comida y diálogo. Si no se participa en la Mesa y en la Palabra, el banquete deja de ser tal!

4º - *El Matrimonio cristiano*, como “signo” (sacramento) visible del amor-fiel que Cristo tuvo a su Iglesia-Esposa (Ef 5, 32), en lo cual está la esencia misma del contrato amoroso de dos bautizados, pero que culmina en la fecundidad material o al menos espiritual de los mismos esposos (su realización). Este amor-fiel que desemboca en la fecundidad debe ser consciente y responsable; por consiguiente, todo medio que rompa este amor-fiel (cfr. 1 Co 7, 5) es antievangélico, el que no sea seguro o eficaz es irresponsable, y el que dañe la salud fisiológica o psicológicamente es antinatural (pero sin olvidar que “en el hombre la naturaleza es el arte”, cfr. Gn 1, 26-28; es decir, en el hombre lo “artificial” de por sí no es antinatural). Quedan, así, resueltos los problemas actuales relacionados con divorcio y control natal.

5º - *El Ministerio sacerdotal*. Por ser la Iglesia un Pueblo en medio de la historia, necesita de un *mínimum* de “institución”. Pero los líderes de ella, son “servidores” (ministerio) por la “palabra” (profetismo-testimonio) y “diakonía” (ayuda en la igualdad y comunión fraterna) que tienen su

“culmen y fuente” en el culto, sobre todo “espiritual”. El sacerdote es hombre plenamente (“en todo igual a los demás, menos en el pecado”, Hbr 2, 17; 4, 5; 5,7s), enviado por Dios para servir a los demás por la palabra, la diaconía y el culto. De esta forma el sacerdote, expresión visible de Cristo-Cabeza, realiza al máximo la vocación humana: ser profeta, rey y sacerdote de la creación.

6º - *La Unción de los enfermos*. Sacramento de vida y salud definitivas, por ser el medio sensible y eficaz que nos conduce a la plenitud de vida que habíamos recibido en el bautismo y ungirnos definitivamente para ser plenamente imágenes de Dios: sacerdotes, reyes y profetas de la creación. En la muerte es cuando el cristiano significa (sacramento) mejor la presencia de fe (revelador, profeta) de Dios en él, domina la fuerza carnal del pecado (rey) y se “ofrece” como hostia agradable (cfr. Rm 12, 1) a Dios (sacerdocio espiritual).

7º - *La Oración personal y comunitaria*. La “celebración” de la vida cristiana no sólo tiene momentos cumbres en los “signos sacramentales” y oficiales, sino que vive en la oración individual, familiar y comunitaria, para, como “culmen y fuente” también, revisar, bendecir, comprometerse, convertirse, etc. . . en la vida cotidiana del cristiano. Como en una fábrica, colegio, vida conyugal, etc., se necesitan momentos fuertes, igualmente el cristiano debe orar siempre y no desfallecer.

d - *La Iglesia “práctica” la Ley nueva del Evangelio*. El Evangelio de Cristo es una invitación amorosa a “seguirle” en toda su radicalidad. Por eso propiamente no es “ley”, sino “buena noticia” o invitación alegre al seguimiento (más indicativo que imperativo). Hay que distinguir entre ley mosaica o Decálogo y la Buena Noticia de las Bienaventuranzas (“eu-angelion”). Todo el Evangelio es para todos los bautizados: a todos invita Jesús a seguirle: “Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos” (Mt 5,20). Pero una cosa es el Evangelio, un “ideal” máximo de radicalidad, y otra el “realismo” de la vida, lo que indica un seguimiento optimista radical, pero sin pesimismo desesperanzadores. Como “ideal”, incambiable, pero inalcanzable en esta vida, la Buena Nueva siempre invita a más! (Estos principios parecen elementales en una praxis cristiana, y habrá que tenerlos presente al hablar de los puntos siguientes):

1º - *La Fe*, como “respuesta” personal y comprometida a la “propuesta” de la Palabra de Dios que se nos manifiesta de múltiples formas: por la naturaleza (despertadora de Dios, sobre todo para los científicos), la historia (cfr. la frase bíblica sobre los signos de los tiempos: “en esto conocerán que yo soy Yahweh”, Ex 7, 5, 17; 10, 12; 14, 18.40; Dt 4, 37; Is 40, 5; Ez 6, 13.14, etc.), pero sobre todo por Jesús de Nazaret, Palabra encarnada y definitiva del Padre. El Magisterio guarda, aclara y actualiza esta Palabra. . . A la iniciativa (la fe es gracia) provocativa de la Palabra de

Dios hay que responder con la del compromiso mismo de la vida entera. Por eso toda la vida cristiana, como res-puesta práctica a la pro-puesta de Dios, es un “diá-logo” y “oración” con Dios.

2º - *La Esperanza*, o prudente optimismo cristiano, es la consecuencia de la Fe en un Dios-con-nosotros, en su “eu-angelion”, en la presencia del Reino de Dios entre los humanos. Frente al materialismo y secularismo actual, no se debe olvidar que el “cristianismo” es homónimo de “mesianismo”, pero al estilo cristiano, es decir, de Cristo. El mensaje cristiano, debe llevar “en sus gozos y esperanzas, en sus tristezas y angustias” (GS 1), a preparar, aquí y ahora, el “material del Reino” (GS 38). “No obstante, la espera de una nueva tierra no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna forma anticipar un vislumbre del nuevo siglo” (GS 39b).

3º - *La Caridad o Ley nueva*, como exigencia de la ley natural (antropología) y sobre todo como don o “carisma” principal del Espíritu (cfr. 1 Co 13; Gal 5, 22). El Evangelio es la realización de la presencia del Reino de Dios en el mundo, lo que implica atacar el mal en todas sus líneas. La presencia del Espíritu en los cristianos exige una mayor solidaridad que conlleva a la liberación plena del hombre (sin decir como Caín: “¿Soy yo, acaso, guardián de mi hermano?”, Gn 4, 9), en su dimensión familiar, social, nacional e internacional. “Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15, 12).

4º - *El amor de padres e hijos*, mutuamente como reflejo del amor de Dios a los hombres y de Cristo a su Padre. En el mundo actual, donde los lazos familiares pasan por una fuerte crisis, habrá que resaltar los grandes valores de la familia para la autorrealización de la persona (cfr. GS 47ss), subrayando el diálogo como medio serio y liberador para afrontar estas crisis.

5º - *Dios es Dueño de toda vida humana*. Exaltar el valor de la vida como regalo de un Dios vivo y como fruto y continuación del amor humano. Denunciar todo atentado contra todo tipo destructor de ella (aborto, crímenes, violencia, drogas, guerra, secuestros, etc.) lo mismo que toda forma solapada a base de injusticias institucionalizadas y todo régimen totalitario, a nivel personal o institucional, que atente contra los derechos humanos.

6º - *Dignidad de la castidad* en un mundo invadido por el culto a lo erótico, al margen de la dignidad integral de la persona y del respeto al otro. El explicar esta virtud hay que exaltar el valor de servicio y de fecundidad espiritual, lo mismo que su dimensión escatológica de amor auténtico, que es lo que al fin quedará (cfr. 1 Co 13, 8ss), todo ello dentro de unas perspectivas positivas antropológicas y cristianas, aplicado a cada

uno de los estados (célibe, casado, religioso), pues en todos ellos, de forma diversa, pueden darse las características señaladas.

7º - *La Comunicación Cristiana de Bienes*. Hacer ver que la caridad implica la justicia y viceversa. El hombre es por naturaleza un "ser social"; todos los hombres son "imágenes de Dios", por consiguiente, dignos, iguales y hermanos. Esto indica que las "clases sociales" son antievangélicas y que la propiedad "privada" tiene una dimensión social por naturaleza, es decir, que es relativa. Al predicar sobre este tema, tan actual, conviene evitar no sólo el confundir las "ideologías" con el mensaje evangélico-profético, sino también toda demagogia fácil. Pero habrá que anunciar con toda energía la verdad plena, dejando a otros campos o ciencias su propia autonomía.

8º - *El Culto a la Verdad*. Por ser el hombre un ser social, necesita y exige el conocimiento de los demás y de los demás, pero a la vez debe manifestar la interioridad en su ser, en sus múltiples aspectos, para enriquecer a los otros. La honradez en la utilización de los medios de comunicación es por ello una exigencia y un deber que jamás puede ser asfixiado ni manipulado por uno mismo o por los demás. Presentar, igualmente, el aspecto de honradez personal (contra doblez o mentira) y social, sobre todo en medio de ciertos grupos de influencia (vgr. escritores, periodistas, etc.).

9º - *Santificación del seglar y del mundo secularizado*. Resaltar una vez más que el Evangelio o los "consejos evangélicos" no son privilegio o monopolio de un grupo, ni algo ante lo cual los seglares pueden mostrarse indiferentes. Cada seglar cristiano debe vivir con responsabilidad impregnando del espíritu evangélico el oficio, rama o campo donde trabaja, consciente de que a la actividad cristiana está dicho: "Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios" (1 Co 3, 22). Ver todo esto a la luz del capítulo V de la *Lumen Gentium*, la *Gaudium et Spes* y el Decreto conciliar *Apostolicam Actuositatem*.

6. *La Plenitud del hombre cristiano o Escatología*. Comienza el temario diciendo que ser hombre es una tarea o proyecto. Ser cristiano también es una vocación que se realiza a través de un proceso histórico hasta llegar a la madurez plena y final. Este es el gran tema clásico de los "novísimos" o "escatología", por el que tanto se preocupa el hombre de hoy, a pesar de decir a veces lo contrario. Pero la escatología hay que presentarla a la luz de la dialéctica del "Ya... , pero todavía no!". Es decir, en Cristo se comenzó "ya" la plenitud de los tiempos (Mc 1, 26; Gal 4, 4; Hbr 9, 26; Rm 3, 26) o los últimos tiempos (Act 2, 17; Hbr 1, 2; 1 Ptr 1, 20; 1 Co 10, 11), pero... todavía no han llegado a su plenitud, que se realizará más allá de las coordenadas del tiempo y del espacio nuestros, después de la muerte-resurrección. Cada una de las "verdades eternas" (que lo son también espaciales-temporales) habrá que explicarlas a la luz del acontecimiento de

Cristo, de otra forma carecen de la dimensión cristiana. Cabe tratar los temas siguientes:

a - *El Misterio Pascual de la muerte cristiana*. La muerte cristiana es la Pascua o paso definitivo a la dignidad total del hombre, es decir, a la vida imperecedera, como plenitud o "trans-formación" (metamorfosis, éso es la resurrección) de todas las potencialidades que estaban en el hombre. Para el cristiano "la vida no se acaba, se trans-forma". La muerte es como la siembra de la semilla que, aunque se corrompe externamente, se transforma en flor y fruto total: la pequeña semilla que estaba en el "neófito" bautizado, aflora en el tránsito y encuentro pleno con el Padre.

b - *La justicia y el juicio definitivo de Dios*, cuyo proceso se abrió cuando Cristo murió en la Cruz para salvar a la humanidad, "ya" se está realizando a través de la vida del cristiano. Ya estamos juzgados por y en el amor de Dios y nuestro. Dios conoce el barro del que estamos hechos. Nuestros juicios de fe y de amor, sobre todo el de la "confesión", eran ya un comienzo. ¡Pero al fin será el Día de la sentencia definitiva! (Hay que evitar, en este tema, identificar el "juicio de Dios" con el de los hombres, y explicar el múltiple ropaje literario-bíblico que ha acompañado la presentación del tema).

c - *La purificación en el amor*. El tema del Purgatorio debe ser anunciado por ser no sólo una verdad de fe, sino también por ser uno de los que más inciden en la vida cristiana y en la piedad popular. Pero habrá de cuidarse de presentarle "como si fuera el infierno, sólo que no es eterno". La persona resucitada, en su encuentro con Cristo-amor, percibe las múltiples ocasiones en que se "olvidó" de amar... y esto le produce un dolor purificador (como en los místicos o enamorados frente al ser adorado, pero olvidado), aunque no sepamos cómo se mide. Lo que sí sabemos es que, en virtud de "la comunión de los santos", todo lo bueno (sufragios, oraciones, obras buenas, etc.) que hay de amor en nosotros favorece su purificación.

d - *Cielo-Infierno*, como plenitud o destrucción definitivas de la dignidad del hombre en Cristo, en la Iglesia-sociedad y en el cosmos mismo. Tal vez merezca la pena presentar ambos temas en conjunto, por contraste: el hombre ayudado por la gracia, se va construyendo "ya" el cielo; de la misma forma que el pecador se está creando el infierno libremente (Dios no lo crea) cuando se aparta de Dios, de los demás y del cosmos. "Lo que el hombre sembrare, éso cosechará: el que siembra en su carne, de la carne cosechará corrupción; el que siembre en el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna" (Gal 6, 7s).

e - *María, Modelo escatológico de la Iglesia peregrina*. María, por ser la persona humana que "respondió" (fe) a la "propuesta" de la Palabra divina, no sólo la recibió e hizo fructificar en su seno, sino que nos la entrega a los demás. Es el mejor modelo o sacramento maternal de los cris-

tianos: trabajó, sirvió a los suyos, se realizó como mujer, madre e hija de Dios. A través de su vida de fe, siempre en prueba, y su glorificación es "imagen y principio de la Iglesia... que precede con su luz al Pueblo peregrino de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor" (LG 68).

f - *Hacia unos nuevos cielos y una nueva tierra* (Pregón de clausura). Merece la pena ser hombres cristianos, porque "todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo... volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue el mundo al Padre el reino eterno y universal..." (GS 39c).